

Identidad

LA IDENTIDAD NACIONAL

De lo típico a lo tóxico

El tema de la identidad está de moda. Se ha constituido en la cara salvacionista de la moneda que exhibe en el anverso la cruz de la globalización. Su difusión en los países de economías dependientes, integrantes de aquel Tercer Mundo del que nadie habla hoy, es uno de los indicadores de la crisis, es decir, del cambio rápido y desconcertante instalado en el destino de los caminos históricos que llevan, el uno al colapso, y el otro a la huida hacia adelante, sin que los protagonistas tengan aún claro hacia donde habrá de empujarlos la angustiosa disyuntiva propuesta por la civilización mundial contemporánea: Ser o Tener, Homogeneización o Diferenciación, Megalópolis o Necrópolis, Comunicación o Insularización, Alteridad o Identidad, Realismo o Nominalismo filosóficos.

A partir de la Segunda Guerra Mundial la serpiente del modernismo comenzó a despojarse de su piel y bajo ella, al compás de los **mass media** y la cultura del espectáculo, surgió el desnudo y elusivo ofidio del posmodernismo. Este ismo, como tal, muestra el logotipo de la caducidad tatuado en su cuerpo historiado. No obstante ello, y quizá en razón de ello, dicho emblema distintivo, cargado de un versátil magnetismo, ha impuesto un giro hacia otro cuadrante a la brújula de los destinos colectivos. A partir de los signos donde se consagra la sacralización del consumo conspicuo se despliega entonces, con urgencia providente, un sistema de símbolos fabricados por el coloquio - siempre considerado como **le dernier cri** si se atienden las novedades del lenguaje aunque se trate solamente de la reiteración de las constantes humanas consustanciales a nuestra especie desde la más remota antigüedad - entre las infraestructuras y las superestructuras sociales sometidas a un proceso de adaptación al espíritu del tiempo.

La pregunta por la identidad, entonces, remite a las fuentes, separa, recorta, reclama fidelidades y adherencias. Ante el arramblador viento de lo macroidéntico que sopla desde afuera, es decir, desde el mercado mundial de cosas y de íconos, esta estrategia dizque protectora de la originalidad matricial de las comunidades y los grupos de compadrazgo genérico, procura erigir, desde adentro, los abrigos donde puedan refugiarse y florecer, como en un invernadero, las afinidades electivas de las microidentidades. Lo

macroidentificador , que impone sus padrones a las subculturas desde los centros del poder , y la microidentidad contestataria con las que ellas reaccionan , nos remiten a la etimología de los términos idéntico, identificación e identidad, cuyo común denominador es la voz latina **ídem**.

Ídem significa semejante a algo o alguien. No se circunscribe a la mismidad del sujeto, no se agota en la formación autista del ser sino que la construye desde el exterior, a partir de un modelo, de un paradigma, de una alteridad , aunque esto último suene a paradoja. Lo macroidéntico , ese imaginero e imaginario que difunde las máscaras de la civilización ecuménica , induce a la asunción personal o grupal de los modelos impuestos a la brava por la cultura de masas ,al igualamiento por lo bajo dictado por la **kitsch** , a la falta de originalidad imperante en el **pastiche** . Las formas de ser, sentir y hacer que , coactivamente, penetran en los recintos sin blindaje de las etnias regionales - que no se pensaban ni se explicaban , y menos se cuestionaban a sí mismas, sino que , simplemente , " eran " desde siempre, según la tradición y la memoria - las ha obligado a una toma de conciencia, tanto al nivel del yo como de la sociedad entera. Ya no se trata de los inventarios cotidianos y los fastos periódicos de la identificación, que se asumían como por inercia, como facilitados por la costumbre del sentir y el re - conocer un familiar sistema de señales , a saber : los uruguayos somos tristonos, conservadores, nostálgicos de perdidos paraísos, guapetones si cuadra, modestos a fuer de desmemoriados, amigos del caído y desconfiados del que triunfa, envidiosos en el púlpito y garroneros en la fritada y grises, siempre grises , no obstante el esplendor antepasado de la gauchería y el relumbrón atropellador de los guapos arrabaleros que un día se hermanaron con las glorias de un fútbol de pierna fuerte y ojo feroz, ya muerto y enterrado. Se trata, en cambio, de salir a la descubierta, a merced de un clima que enfría las viejas convenciones y convicciones, y allí, tiritando, avizorar los posibles modelos epónimos que nos caracterizan, descubrir las lealtades que reclama la personalidad de base, develar los paradigmas colectivos o comunitarios en los que nos reflejamos y reconocemos.

La haragana permanencia en el cómo somos , un ejercicio de tipo descriptivo, se transforma de tal modo en la perentoria búsqueda del quiénes somos , una operación de tipo existencial.

En eso estamos actualmente. Y no faltan las propuestas. Unas tienen cabalidad histórica y otras recurren a las maquinarias sentimentales de la fantasía. Pero todas sirven, tanto las plausibles como las fraguadas. Procuran obrar a modo de áncoras de salvación o de flotadores - según se trate del fondo o de la superficie del mar axiológico - que nos permitan sobrevivir en las aguas revueltas de las contradicciones existentes entre distintos sistemas de vivencias, de experiencias y de símbolos.

Uno de esos modelos nos remite al ancestro indígena, pero no al más abundante y pacífico, como fuera el guaraní desgajado de las Misiones que pobló copiosamente nuestros campos, sino al más bravo e insumiso, al charrúa escaso pero bien montado que combatió sin alivios durante tres siglos contra europeos, criollos y guaraníes armados a guerra. Estos últimos, comandados por capitanes españoles o caudillos terruñeros, enfrentaron en más de una ocasión a sus hermanos aborígenes, y este pecado no ha podido lograr la absolución por parte de los actuales charruístas, quienes niegan la realidad demográfica y étnica de la indiamenta guaraníca con tal de condenarla al ostracismo del desprecio y la desmemoria.

Otro modelo propuesto es el del acerbo cultural traído por el esclavo africano, un tipo social y un ejemplar cultural alóctono, cuyo papel de carne de cañón en los ejércitos patriotas y en las guerras civiles tuvo la deplorable consecuencia de ralea sus contingentes humanos y disminuir el peso de su legado. Sin embargo los indios tribalizados fueron devorados por las fauces de la historia, genocidio y etnocidio mediante, en tanto que la comunidad negra está presente entre nosotros, conservando en cajas de resonancia sobrevivientes en los barrios urbanos, el rumor de antiguos mensajes cuyo significado ya se ha casi desvanecido, pero cuya vigencia laboral, plástica y festiva corre por dentro y por debajo, al igual que una vivificante agua subterránea, del mundo construido por los antiguos amos peninsulares y criollos. El afrouruguayo, con su risa cortita y caminar rítmico, constituye una presencia sociocultural cuyo ímpetu creador va mucho más allá de las comparsas y tamboriles carnavalescos. La negra que fuera ama de leche en los tiempos de la Colonia, sigilosamente, cariñosamente, transmitió a los hijos del patriciado formas de ser y sentir africanas, leyendas y visiones del mundo nacidas en el "corazón de las tinieblas". La infancia de Artigas transcurrió entre negros y más de un negro fiel - todos hablan de "Ansina" pero olvidan a "Montevideo" - lo acompañó en sus años de

exilio. Por su parte el negro soldado , el negro payador, el negro domador, el negro baquiano, el negro matrero que ganó la tierra adentro, tuvo un significativo peso específico en la construcción de lo oriental y lo uruguayo. Pero de allí en erigir lo melanoafricano en paradigma exclusivo de nuestra identidad, como algunos lo han intentado hacer, hay un largo trecho.

Otros compatriotas reclaman la heráldica cultural traída a costas por los ancestros europeos , aquellos que venían con un " olivo de bolsillo " - la frase es de Vallejo - hacinados en las panzas de los buques .Los abuelos italianos ,gallegos y vascos, integrantes mayoritarios del malón transatlántico que vino a hacerse la América y al cabo la hizo a la medida de sus sueños y sus frustraciones , figuran , a título de ejemplos y espejos, en los árboles genealógicos de los descendientes de aquellos laburantes sin alivios. Sus desteñidas fotografías, sus descascaradas parafernalias objetuales, rescatadas por los nietos de los desvanes donde las habían arrumbado sus hijos, evocan la herencia de aquel gran trasiego de cuerpos que al cabo fue también un gran empréstito de almas. Acompañan a los representantes de Rumania y de Vasconia , que renunciaron a sus paisajes y amores maternos, las herencias físicas y morales provenientes de los franceses, ingleses, suizos, valdenses, judíos, eslavos, libaneses, armenios y otras naciones o confesiones, cuya aportación al estuario cultural uruguayo fue intensa y variopinta. No es extraño , en consecuencia, que un considerable número de compatriotas se identifique con los valores europeos, con las ideas y creencias de la civilización occidental , con el manantial alóctono de usos y costumbres consolidados fuera de América. No somos negros, no somos indios : somos hombres blancos descendientes de la humanidad transplantada que acabó con el salvajismo y civilizó la barbarie. Así reza el discurso, ya secular, de los uruguayos que reniegan del ancestro indígena y el gentío africano

No obstante estas y otras semejantes afirmaciones quienes así piensan y sienten no pueden eludir los lejanos mensajes de los genes, los caminos secretos del mestizaje, los vasos comunicantes de la aculturación. De un modo u otro los hijos de los inmigrantes se relacionaron genética y culturalmente con los descendientes de la orientalidad de la Patria Vieja, en cuyo crisol hervía un caldo triétnico. Inevitablemente, y pese a sus aspiraciones de "pureza de sangre " y prosapia transatlántica , esos retoños americanos de pueblos venidos de otros continentes han acuñado , bajo los cielos que cubren las

penillanuras de un territorio cuyo elusivo nombre ampara todas nuestras ambigüedades, un *nosotros* solidario, forjado a lo largo de penurias y alegrías compartidas, de apetencias y repulsas populares, de utopías desaforadas y topías *cul à terre*. Dicho *nosotros* enhebra razas y pueblos de tres continentes con su hilo de biografías personales y crónicas locales bordadas en la colcha de retazos de la nacionalidad. Al cabo el *nosotros* es el crisol de los *otros*, cuyas alteridades se han convertido, proceso osmótico por medio, en inevitables proximidades.

La existencia de un estilo uruguayo en el hablar, en el matear, en el hacer amigos, en el jugar al fútbol, en el tirar la bronca, en el fabricar sueños de grandeza y en el putear las crudas realidades cotidianas, caracterizan al colectivo humano de un país que a esta altura de la geohistoria no admite el diminutivo de paisito, por inmensa que sea la nostalgia de quien lo evoca desde lejos, extrañando la viveza criolla, la bronca y la ternura de entrecasa.

Pero el hecho de ser uruguayos no dispensa de la diversidad de identidades en la profundidad diacrónica y en el horizonte sincrónico. La identidad es un reclamo interno, una demanda grupal, el manifiesto de una tendencia afectiva y voluntarista que pide desde lo profundo un antepasado común, una idea-fuerza dinamizante, una idiosincrasia que cobra sentido a partir de un modelo, por caprichoso e irreal que éste fuere. La identidad se orienta hacia el quienes somos mientras que la identificación se refiere, discursivamente, intelectivamente, al cómo somos. La una es una asunción de caracteres que apuestan al afecto antes que al conocimiento, una tentativa de abordaje al espíritu del Ser; la otra, un inventario de rasgos compartidos en el dominio comunitario del Hacer. Hay entre ambas la distancia que media entre lo querido y sentido por un lado y lo pensado y logrado por el otro. En la búsqueda de lo diferente, del compartimento estanco, de la parcela reclamada por la sensibilidad y el sentimiento, caben actitudes que van desde el fundamentalismo riguroso a la filantropía empática. Todavía, se me antoja, no hemos logrado transitar aún por el camino del medio. Se trata de un viejo ejercicio budista y aristotélico a la vez que demanda una pulseada entre el corazón y la mente, entre lo que fuimos y lo que queremos ser como pueblo y como nación.

Si los elementos anteriormente enunciados poseen la requerida representatividad, trate ahora el uruguayo del común de bucear en sí mismo, de consultar a su prójimo - próximo,

de ubicarse en este abanico electivo. Pero que no ahonde demasiado en el piélago de la sociodiversidad. Que no reclame identidades metidas en un puño, neotribales, partículas al cabo irrelevantes del gran magma humano donde, en vez de dialogar los pueblos de la ecumene en su totalidad óptica solo conversan en voz baja el individuo con la persona, el afiliado con el catacúmeno, el marginal con el anacoreta. . Cuando se cava tan hondo, la boca del pozo apenas deja visible una rebanada de cielo. Y al cielo hay que pedirlo entero, de horizonte a horizonte, que así lo exigen los caminos de la **panfilia**, de la solidaridad con el semejante, con el hermano, con el ciudadano de un mundo aun no nacido, pese a la aspiración, ya lejana, de los soñadores de anteriores siglos.. Un pensador francés, Jean - Marie Benoist, expresó estas ideas con otras y más acertadas palabras: " Una obsesión hace presa en nuestra época, saturada de comunicación: la del repliegue de cada uno a su propio territorio, en lo que hace su diferencia, es decir, su identidad separada, propia. Es el sueño de raigambre en el espacio insular de una separación. Al mismo tiempo, en múltiples círculos se insiste vivamente en proclamar la urgencia de una unidad del Hombre y hasta en recuperar la certeza tranquilizante de una Naturaleza humana. Es decir, de una Identidad Universal del Hombre consigo mismo, en forma, si es necesario, de una subjetividad trascendental".

Este pulso dialéctico ha pautado la historia del género humano a partir de los primeros grandes imperios: el de los asirios, el de Alejandro Magno, el de los romanos., a los cuales deben sumarse los que tanto en Asia como en América extendieron sus brazos cardinales, mas cortos empero que las ansias de poder y grandeza de los caudillos carismáticos y los jefes implacables. Los pueblos sojuzgados por la conquista del Otro, del Extraño, del Infiel, del odioso Enemigo, engendraban en su seno, según los intereses dominantes en cada uno de ellos, distintos grupos de resistencia pasiva o activa cuando no de segregación, de éxodo interior, de huida al desierto. Recordemos en este sentido a los judíos que padecían la conquista de Roma. Entre los grupos de resistencia figuraban los recabitas y los hassidim, en cuyo seno maduró la revuelta de los macabeos. Y si nos trasladamos al escenario histórico donde actuó Jesús florecen entonces las sectas de los esenios, los saduceos, los fariseos y los zelotes, aquellos temidos sicarios que llevaban el puñal bajo la túnica. Cada una de dichas sectas se caracterizaba por distintos grados de resistencia ante el invasor romano, en contraposición con el servil acatamiento de los

colaboradores - siempre presentes en coyunturas semejantes - representados por los herodianos.

Pero en la actualidad los denominadores y dominadores modelos socioeconómicos y culturales impuestos por una civilización sojuzgada por la escalas de valores imperantes en una megalopotencia, los Estados Unidos de Norteamérica, han despertado con vivacidad virulenta, al margen de los herodianos de todos los tiempos, los reclamos de la personalidad extraviada, de la comunidad desvaída, del grupo insurgente que inventa o rescata identidades para insularizarlas luego, formando archipiélagos afectivos en el océano de la uniformización. En esa tarea se hallan hoy enfrascados numerosos compatriotas absortos en fabricar indianidades, negritudes, gauchomanías, gardelatos, tangocracias futbolitis, carnavalosis y demás mitos que por si solos, llevan a callejones sin salida, a marmitas de mentida autenticidad cuyas aguas, de tanto hervir, se evaporan y endurecen, ofreciendo oxidos y sales en vez de alimentos para las almas. Y al decir así apunto a esa materia invisible, a ese estilo de vivir y morir que conforma el ser y el obrar de un pueblo que ayer supo ser oriental y que todavía no acierta a ser uruguayo. En definitiva, me refiero a una trama de cuerpos y de espíritis nunca acabada, cuyas hebras tejieron el tapiz del pasado y cuyos paisajes psíquicos y alamedas morales se tienden, ávidos de espacio, transidos por el tiempo, hacia la nunca programada, y por ello perpetua, creación y recreación de la identidad nacional

Y si cabe todavía agregar algo reflexionemos en un hecho al parecer curioso. Cuando no había globalización, ni planetización, ni una sola prepotencia en vez de media docena de potencias y mas de un centenar de impotencias, los distintos grupos sociales y culturales del país disfrutaban de una rica movilidad horizontal, de un vaivén osmótico, de un mutuo reconocimiento programático cuando no de un conocimiento en hondura.. Pero la marea globalizadora anegó los territorios del alma y donde antes existía un extensión empática surgieron islas, arrecifes, aislados espigones de ideas o de emprendimientos. Y cada ínsula, que comenzó a considerarse como la única tierra firme posible, fabricó su infierno y su cielo propios, cambiando la horizontalidad afectiva por la verticalidad autoritaria impuesta por el **ghetto** dogmático y el fundamentalismo sectario. Surgieron entonces desconocidos "orgullos", que, dando vuelta la pisada, transformaron la diversidad afrentada en virtud etnocéntrica. Y de tal modo los nuevos nominalistas sembraron sus minúsculas parcelas (

o chacritas como se las llama entrecasa) ,cercándolas con los alambres de púa de la desconfianza , cuando no del rencor. El país se fraccionó, y los integrantes de esos **disjecta membra** , con ademán totalitario, construyeron identidades que en vez de hermanar a los componentes de un solo pueblo y una sola nación ,confundidos en la evocación de alegrías y pesares, de días de gloria y días de llanto, canjeó la especie por el género , la sociedad total por la corporación, el todo por la parte . Hoy, en plena crisis, sitiados por un horizonte fúnebre, desangrados por la emigración de los mejores, casi sin fuerzas para intentar el cambio de mentalidad social y de rumbo político, seguimos perseverando en el arte de la disfunción y el antisistema. Nada bueno pueden aguardar quienes han renunciado a la generosidad épica y el desinterés heroico de aquellos bravos orientales , los de Artigas. Pero tampoco nada bueno podemos esperar si no renunciamos a las faramallas del pasado, al Uruguay del "no te metás", a la pasividad de las estatuas, aquellos "guarangos de bronce" , al decir de Borges, que , reclamando príncipalías muchas veces espurias, sustraen de la presencia y esencia del pueblo llano las notas auténticas de la identidad nacional . En vez de firmar cartas de intención con los usureros de afuera hagámoslo con los desamparados de adentro para que este solemne compromiso adquiera la entusiasta legitimidad de una consigna ,la persistencia de una misión fraternal. Solo así lograremos la conjunción de tres metas complementarias , a saber : el empeño compartido de golpear todos a una, como en Fuenteovejuna, el alumbramiento de un proyecto histórico socialmente válido que redima la dolorosa espera de la gente postergada y esquilada a partir de la traición al ideario artiguista y, finalmente, la certidumbre de ser los sembradores de un huerto terrenal donde puedan prosperar los árboles de la libertad y la justicia . Y que todo ello sea , al cabo, el fruto de una voluntad compartida por todas las estratos sociales del pueblo uruguayo En definitiva, que se transforme en realidad el deseo colectivo de hacer pie, despues de las borrascas padecidas a lo largo de una riesgosa travesía, en la playa soleada de una patria para todos. Pero el pragmatismo de la Realpolitik - que al cabo será derrocada por la insurgencia moral de todos los pueblos postergados del mundo - no se aviene con las propuestas que, a modo de axiologías redentoras o programas de salvación comunitaria, cuando no de espejismos utópicos , caminan al borde del abismo en los tiempos de catástrofes y frustraciones. Tengamos cuidado con la fantasía de nuestros sueños. Porque a veces los sueños de la inteligencia ,

provocados por el desfallecimiento del sentido común, que ciertos casos es el menos común de los sentidos, , dan alas a las pesadillas de la voluntad

Recapitulando lo anteriormente dicho , pueden tenderse dos líneas paralelas, que en ciertos nódulos de su recorrido se convierten en usinas interactivas .En una de ellas se constelan los rasgos que caracterizan las operaciones intelectivas de la identificación y en otra se agrupan las características psíquicas, relacionadas con la afectividad y la voluntad , cuando no con el voluntarismo

La identificación - los uruguayos son grises, los uruguayos son afectos al mate amargo - responde a un acto descriptivo, a un juicio de realidad emitido desde afuera por un sujeto que contempla actos ajenos convertidos en objetos de conocimiento..El conocimiento vulgar responde al cotidiano mecanismo gnoseológico que fabrica nociones, fundamentadas en pareceres u opiniones ; el conocimiento científico recurre al tirabuzón epistemológico, que cala en lo profundo , que emplea la metodología apropiada , que ofrece mayores garantías de credibilidad al sustituir las nociones por conceptos. De esta manera el cómo son , al aceptar las personas así descriptas y clasificadas desde su exterioridad audible, visible, sensible , los rasgos físicos o caracterológicos atribuidos por una apreciación foránea , se transforma en el como somos, distinto por cierto al quiénes somos

La identidad, en efecto, obedece a un movimiento normativo del espíritu. Parte desde adentro ; el sujeto se convierte en objeto y mediante el conócete a ti mismo acuña juicios de valor que supone juicios de realidad , rindiéndole así tributo al peligroso mimetismo de dicho enroque psíquico. .Por medio de esta sedicente introspección, que al cabo no lo es, se introduce en su íntimo sistema emocional, existencial, al margen de lo intelectual. Cuando un uruguayo dice : yo soy y me siento un europeo trasplantado, u otro afirma que ha asumido " al mango" su criollidad étnica y geográfica, y un tercero se proclama heredero de la cosmovisión charrúa del mundo - que si bien no le fue transmitida por el testimonio histórico él se ha encargado de pergeñar, gracias a su nostálgica fantasía - estamos frente a las variedades del quiénes somos, a la elección de una personalidad determinada por el deseo y no por el discernimiento.

Identificación e identidad mezclan a menudo sus aguas. En el estuario de las distintas corrientes , las foráneas y las interiores, que confluyen en el embanderamiento étnico del yo y del nosotros, se forjan las respuestas contemporáneas a las grandes, a las angustiosas

preguntas que nos hacemos los uruguayos en este tiempo de crisis total , agobiados por los fantasmas de un ayer que creímos glorioso, desazonados por las dificultades que se adivinan en el inmediato porvenir.